

Las mujeres de Sara Sefchovich

Julia Preciado Zamora

Ya es válido hablar en México de una literatura femenina (y no de escritos aislados de mujeres). Hoy por hoy son más y muchas las mujeres que —computadora e impresora en mano— se lanzan a la búsqueda y a la conquista de su propio espacio en la literatura. Escritoras como Sara Sefchovich —entre otras— crean personajes femeninos y los colocan en pie de lucha desde diferentes trincheras. En su primer novela, *Demasiado amor* [México, Planeta, 1990], encuentro que la esfera en donde Sefchovich pone a luchar a la protagonista es en la de la libertad sexual. *En la señora de los sueños* [México, Planeta, 1993], en cambio, el terreno de batalla donde la coloca es la lectura. En *La señora de los sueños* la autora plantea la reivindicación de su personaje femenino a través de la imaginación.

Sara Sefchovich escribió sus dos novelas en primera persona, y el personaje principal en ambas está representado por una o varias mujeres. En *Demasiado amor* la autora utiliza el artificio del monólogo o de la epístola. En *La señora de los sueños* introduce, con mayor o menor profundidad, nuevos espacios textuales encontrados en los libros que la protagonista lee y que modifican poco a poco su personalidad.

En *Demasiado amor* Sefchovich nos conduce, a través de Beatriz y de lunes a jueves, por calles y restaurantes urbanos de la ciudad de México, que se cruzan sin remedio por las avenidas del sexo mal pagado. También nos lleva al lado de su amante, de viernes a domingo, por polvorientos, alejados y a veces interminables caminos de provincia. En *La señora de los sueños* Sefchovich nos lleva alrededor del mundo —por semanas enteras— a través de Ana Fernández, protagonista de la novela y asidua lectora, a su vez, de otras novelas que lee y de las que se convierte también en protagonista, y a meter aguja para sacar hebra.

Demasiado amor

Es mucho amor el que Sara Sefchovich transmite a través de su novela. Amor dividido entre los relatos dirigidos al hombre que ama y las cartas que escribe para su hermana radicada en Italia. Beatriz, la protagonista, es una mujer de "veintiséis años y setenta y dos kilos". Desde las primeras páginas se percibe, se huele, se presiente, que el de la protagonista-autora (o al revés) es de esos amores sin causa ni remedio. Cuando las mujeres somos

♦♦♦

capaces de amar como enyerbadas no hay brebaje, ni corte celestial que nos quite el mal. Entonces, andamos por la vida como almas en pena.

Y pobre y afortunada de la protagonista porque su amor o su querencia la llevaron —y me llevaron como lectora— por caminos conocidos y desconocidos de la pasión y de México. Rutas cuyos finales no pueden ser elegidos, pero sí adivinados. Como llegan los vientos locos de febrero, sin anunciarse siquiera, a la protagonista de esta historia el amor se le metió de golpe y porrazo una noche, mientras tomaba café en un restaurante *Vip's*. Sus ojos chocaron con los de un hombre de bigotes negros. Ahí decidió su camino: seguirlo a todos sitios.

Con frecuencia así quedan algunas mujeres: atrás de los hombres; siguiéndoles los pasos, siempre caminando un camino andado. Así se deja conducir Beatriz, sin preguntar siguiera ¿para qué?, ¿a dónde te llevan que no quieras ir?, ¿a dónde vas que más valgas?, al lugar que está más allá del bien y del mal... Donde la cordura se vuelve locura.

En consecuencia, no hubo —durante siete años— ni viernes, ni sábados o domingos que Beatriz no estuviera junto a él. Siempre dispuesta a seguirlo por los caminos de México. No dejó carretera, autopista, brecha, terracería ni vereda sin recorrer. Yo viajé, con Beatriz y su amante, desde Baja California hasta Yucatán, y del Atlántico hasta el Pacífico. Compré boleto y seguí la ruta de los personajes de esta novela. Con ellos descubrí la belleza de nuestra tierra; se me llenaron los ojos de México.

La otra parte de la historia es la hermana de Beatriz, que viajó a Italia con pocos pesos y muchos sueños (Beatriz planeaba alcanzarla cuando hubiera reunido dinero suficiente). En ese país europeo estaban puestas las esperanzas de las dos jóvenes. Hasta allí viajarían a instalarse en un pueblo bañado por el mar, donde pondrían una casa de huéspedes, que les permitiera vivir cómodamente. Mientras Beatriz la alcanzaba, su hermana establecería el negocio en Italia con el dinero que la primera le enviaba desde México. La autora nos entera de éstos u otros planes, mediante cartas que van y vienen recorriendo las rutas México-Italia, Italia-México.

Beatriz es dos mujeres en una. No es la misma la que escribe cartas a su hermana y la que viaja por amor, o la que empieza por tener una aventura con un guitarrista y termina cobrándole; o la que se desvive —los fines de semana— por un país y por un hombre (que también son dos es uno):

> [hermanita] yo aquí estoy tratando de salir del espasmo en que me dejó el señor que conocí. Ya nunca seré la misma, sólo vivo para esperar los fines de semana. Ahora soy dos personas, una que trabaja y una que vuela, una que existe de lunes a jueves y otra que se instala en el paraíso de viernes a domingo. Y soy como el mes de marzo, una está llena de polvo y otra que es un papalote.

Sin embargo, poco a poco la Beatriz de los fines de semana encuentra que las cosas con su hombre se vuelven difíciles, porque teme sufrir (todos los verdaderos amores a la larga la hacen a una desesperar), porque toda la belleza que a su paso había encontrado no era real; porque no había conocido todos los caminos, ni todas las playas, ni todos los ríos, ni todas las iglesias, ni todas las minas, ni todas las islas; porque tampoco recordaba todos los rostros que había visto, ni las artesanías que había comprado, ni los adornos para la casa que había llevado consigo, ni las macetas de barro. Todo se le había olvidado. Por fin, la otra Beatriz, la dedicada de lleno a la prostitución, empieza a encontrar la felicidad en su trabajo de entre semana. Confiesa haberle encontrado el gusto al oficio. Ambiciosa exclama: "Quisiera tener a todos los hombres del mundo".

Cuando se han gastado los caminos, los paisajes, los olores, los sabores, los colores, se ha gastado el amor. Todo da lo mismo. Esto le sucedió a la Beatriz soñadora con su amante de fines de semana: Tuvo "miedo de la costumbre, miedo de poder dormir profundamente". En contraste, en su papel de prostituta, Beatriz es una mujer satisfecha y hasta feliz. Para la protagonista de esta novela, el amor verdadero se transformó, a la larga, en calvario. Necesitó valor para decir basta: "Decidí no verte más, no bajar más a esperarte los viernes al *Vip's*, no ir ya contigo los fines de semana por los caminos de Dios en este país". Así Beatriz invita a su amante (a ese hombre que nunca quiso saber de ella, que sólo la trajo y la llevó, la bajó y la subió, por las rutas de México) a conocer su casa, su negocio, sabiendo de antemano que lo perdería irremediablemente, "pero así tenía que ser. Yo lo había convertido en Dios y al Dios hay que arrastrarlo por los templos".

Así Beatriz, dos mujeres en una, saca de su vida al amor ver-



dadero, que para ella es sinónimo de sufrimiento. Se queda como esos "amores fáciles, gozosos, que son los únicos que no hacen daño, que no lastiman". La protagonista se deshace de su amante con gran seguridad a cambio de una dolorosa resignación.

La señora de los sueños

La señora de los sueños tiene como tema la vida, obras y fantasía de una ama de casa de la clase media en la ciudad de México. A través de siete capítulos la autora nos hace viajar por países y épocas muy diferentes, conocer grandes personajes y a otros no tan grandes, pero dinámicos constructores de sus propias vidas. Esto tienen en común —para Sefchovich— los grandes hombres con las desconocidas, aunque no pequeñas, mujeres de lugares como Palestina, en tiempos no tan remotos.

Cada uno de los capítulos de la novela mencionada está dividido en dos partes (la estructura de esta novela es semejante en este sentido a *Demasiado amor*). La primera, donde la protagonista de todas las historias —Ana Fernández— relata a su psicóloga la mecánica de su realidad: su triste, aburrida e incomprendida vida cotidiana. La segunda, que se desarrolla en torno a los momentos en que la protagonista-narradora, por casualidad, empieza a disfrutar de la lectura de novelas y se involucra en las costumbres y lugares del país a que se refiere la narrativa particular que en esos momentos absorbe. Entonces, sin aviso, se transforma en el personaje principal de la novela que ha leído y se convierte en su propia historia inventada.

Soy de las que creen que la lectura también se ofrece como una droga. Puede ser un estimulante que la saca de la cordura para instalarla en un mundo ideal, donde no existe lo que una no quiere que exista. Estoy segura que *La señora de los sueños* estaría de acuerdo conmigo. Porque el recurso de prolongar la fantasía hasta materializarla, de pretender una existencia de novela o de cuento, con la certeza de que la magia de la historia salpicará su realidad, es al que acude Ana Fernández.

La señora de los sueños, entonces, es habitada por varias mujeres tan distintas entre sí como el día y la noche, como el

♦♦♦

calor y el frío; como la aventura y la nostalgia. Viven como les da la gana. Hacen lo que les da la gana. Aman a quien les da la gana. Mueren hasta que les da la gana. Benditos libros, benditos escritores, benditas historias, que pueden sacarla a una (a ella, al menos) de su monótona vida cotidiana.

En el prólogo de la novela titulada *El círculo de la condenación eterna*, donde Sara Sefchovich expone —en boca de Ana Fernández— todo aquello que vive una sencilla ama de casa. Ana Fernández tiene una familia: un marido que siempre contribuye con el gasto de la casa, dos hijos jóvenes, estudiantes y sin vicios, una suegra que vive lejos; tiene además una casa donde siempre hay algo por hacer. ¿Qué más puede desear una mujer? Pues, como la protagonista de esta historia, simplemente una mujer quiere dejar el título de sirvienta eficiente, quiere ser escuchada, comprendida, independiente. Quiere ser todo menos una apacible ama de casa. Pero —para nuestra desgracia— nacer mujeres mexicanas es casi una maldición —tal vez no sea así para las nuevas generaciones. A mí todavía se me enseñó que la mujer nace para ser ama, pero de su casa. Que nuestra vida transcurre en función de los hombres, que el ideal de una mujer debe ser tener un marido bueno y unos hijos hermosos, una casa limpia y fresca, y un patio con una pila de agua y un lavadero grande, tan grande como lo es nuestro estoicismo.

Esto le sucede a Ana Fernández, a quien la hartazón de la cotidianidad y de la soledad llega un día de repente a su vida. Ni hijos ni marido poseen una pizca de sensibilidad necesaria para entender siquiera que la mujer que limpia la casa y prepara la comida es de carne y hueso. Tal vez no sean del todo culpables. Están repitiendo —esto me lo aseguran los conocedores— conductas de sus antepasados, reproduciendo los mismos esquemas, las costumbres —y la cultura machista—, no se tiran por la ventana de la noche a la mañana.

Me pregunto: ¿de qué otra manera puede vivir una mujer desde niña acostumbrada a la autoridad masculina? Todo el tiempo viendo en su madre una hacedora de faenas caseras. Madres e hijas van formando un círculo de encierro y aburrimiento; de infelicidad:

> Últimamente he pensado mucho en mi mamá, creo que fue tan infeliz como soy yo ahora. Papá se iba a trabajar, nosotros a la escuela y ella pasaba la vida en la casa, limpiando, ordenando, cocinando. Cuando crecimos y nos fuimos, ella siguió igual, encerrada siempre.

En *La señora de los sueños* la preocupación entra por la casa y se mete a la cocina, pero no a causa de la mujer que atiende a la familia, sino por la percibida falta de aseo en el hogar y de la comida preparada a sus horas. Así, el marido de la protagonista, al verla (desde su perspectiva) tan desmejorada y sin ganas de realizar sus quehaceres, decide llevarla a la psicóloga, personaje que nunca entra en la escena de la novela, y nunca da su opinión respecto al conflicto familiar que atiende. Pero sí está ahí, siempre escuchando al marido, a la esposa y a los hijos.

Desgraciadas de nosotras, cuando el hombre sólo ve en la mujer un objeto complaciente y siempre sonriente. Me enfureció el esposo de la protagonista cuando habla, por ejemplo, de lo mal que ve a su mujer. Primero pretende preocuparse, y después quiere golpearla. La necesidad del marido, encajonado en sus costumbres, no da para muchas fantasías. Y si además hasta la lectura le prohiben y le botan los libros a la basura cualquiera se siente mal.

> Me encierro bajo llave en mi recámara como si fuera la peor delincuente, pongo toda clase de trampas para oír los ruidos por si alguien llega, y tener tiempo de guardar el cuerpo del delito y ponerme a tejer. Luego... los escondo [los libros] hasta atrás del armario, donde se guardan las cobijas del invierno. Pero vivo asustada, con mucho miedo de que me descubran.

De esta manera Ana Fernández —en su aventura bibliográfica— hace desfilar ante las lectoras, mujeres ajenas y distantes, cuyas preocupaciones, necesidades y aspiraciones son muchas y muy diversas. Inicia con Aisha, una jovencita árabe obediente y sumisa ante el destino que se le adjudicó al nacer; Mashenka, por su parte, es una rica y hermosa mujer de la Rusia de los zares, heredera de un rancio linaje, de tierras y vidas. Monike es una mujer sin dirección y sin amarras que vaga por la complicada ciudad de Nueva York. La naturalista que vive —en Chatham, isla cercena al Ecuador— disfrazada de hombre, se hace llamar Camilo, vive interesada por la naturaleza y por la filosofía, sus dos grandes pasiones y por las que sacrificó su esencia femenina. Fidelia es una joven cubana de las que inventaron la revolución de este país caribeño. Karen y Sara Néjome muestran —desde Israel— los prodigios de las semillas en su amor por los hijos y por la tierra. La última



mujer que encarna la señora Fernández recorre el sendero de la meditación y la religión en la India, al lado de Gandhi.

Ana Fernández, a través de la magia de la literatura, logra trascender su espacio y soñar, soñar. A la protagonista esta magia le sirve para evadirse de su mundo por las enumeraciones cargadas de datos. Los mundos que conoce —el machista árabe, el intelectual ruso, el vertiginoso neoyorquino, el científico de las islas Galápagos, el político-económico cubano, el nostálgico palestino y el místico de Gandhi—, así como para reflejar la duplicidad del carácter de sus personajes. Sefchovich engrosa su novela recreando los mundos que menciono, en donde se desdobla la personalidad de una viajera incansable que nunca llega a emprender aventuras reales. Casi todos los relatos por los que pasea imaginativamente Ana Fernández culminan con la decepción de las heroínas, que pierden a sus amados. Sus frustradas historias afectivas personales se convierten, entonces, en una especie de consuelo para la protagonista que —al final— conserva a su marido.

Prostitutas y locas pero libres, o las mujeres de Sefchovich

El doble juego que estamos acostumbradas a practicar las mujeres en esta sociedad comandada —casi— por los hombres, es la duplicidad (al menos) de la personalidad, sello que marca a las protagonistas de las novelas de Sefchovich. En *Demasiado amor* la protagonista vive una doble vida. Es dos mujeres en una: la prostituta y la potencial peregrina. En cambio, *La señora de los sueños* está habitada por siete mujeres, cada una de ellas posee una parte del todo que nos conforma: sumisión exigida por el otro lado; asombro y curiosidad que nos lleva al conocimiento; la aspiración —sexual— por la libertad, la inconformidad revolucionaria por naturaleza; el amor por los hijos y por el suelo que pisamos, y la religión heredada o adquirida por riesgo propio.

La reivindicación o la autobúsqueda de la mujer que Sara Sefchovich propone a sus personajes por medio de sus novelas es "la búsqueda de identidad" que Brianda Domecq en su *Mujer que publica... mujer pública.*

♦♦♦

Ensayos sobre literatura femenina [México, Diana, 1994], encuentra como rasgo distintivo en las protagonistas de la literatura femenina:

> La búsqueda de identidad implica muchas cosas: un rompimiento, a veces un viaje a otro país o hacia el pasado; un cuestionamiento profundo de valores propios; un análisis inclemente de la realidad circundante. Ahora, sin embargo, a diferencia de generaciones anteriores, se cuestiona sin ira; la protagonista no lanza recriminaciones, no acusa a nadie.

En *Demasiado amor* el oficio de prostituta que ejerce casualmente Beatriz viene a ser una especie de rompimiento del que habla Domecq: al principio Beatriz tiene sentimientos de culpa (la educación y las costumbres pesan) que se manifiestan en sueños donde padres y familia aparecen con cara de reproche. La prostituta, a su vez, tiene doble personalidad porque la "hermanita" vendría a ser otra parte de Beatriz: el "otro yo" que aspiraba a una existencia cómoda y tranquila sin sobresaltos, cotidianamente normal, viviendo en un pueblo cerca del mar (en Sefchovich, como en Ángeles Mastretta —por señalar sólo dos ejemplos— las mujeres viven hechizadas por el mar), criando hijos y atendiendo al marido. La Beatriz de los fines de semana es apasionada y definitiva. La prostituta es "un personaje de la vida real", asume y se responsabiliza de su sexualidad y ejerce la prostitución sin remordimientos. La autobúsqueda y el encuentro le regresa el yo a la protagonista pero le quita la compañía del "otro".

> Fue muy fácil. Solamente lo traje aquí, a mi casa. [...] Él, que nunca me había preguntado nada de mí, entró de repente y se topó con la mariposa, el incienso, el sonido de las gotas de agua y mis amigos. Así, sin advertencia.
> Desde el momento que cruzó la puerta supe que lo había vencido, que lo había destruido. Se puso muy pálido, miró todo detenidamente y sin palabra se fue. Sé que nunca va a volver, sé que lo he perdido para siempre.

Tal vez "el otro" no acepta ver a su compañera completa o compartida —en este caso— y decide alejarse. Por su parte la mujer reencontrada se resiste a aceptar siquiera la posibilidad de un nuevo naufragio, así lo siente Beatriz: "tuve miedo de la costumbre". Es ese miedo a caer en el mismo lugar, de navegar sin identidad. Miedo a que el papalote del amor se la llevara por los aires y la perdiera donde menos lo esperara. El final que espera a la protagonista sefchovichiana se puede adivinar en sus últimas palabras: "en adelante voy a desaparecer" o, lo que es lo mismo, a instalarse en la soledad.

En cuanto a la segunda novela, la fantasía despertada por la lectura es el recurso que Sefchovich ofrece a la protagonista de *La señora de los sueños.* Las lecturas se convierten en arma para la liberarla de la carga que representaba ser la mujer de la casa, la madre de sus hijos y la esposa de su marido. La protagonista tiene que buscar una puerta abierta por donde salgan las toneladas de sumisión y de aburrimiento que lleva cotidianamente a cuestas. Así, la vemos ponerse el traje de revolucionaria, las gafas de científica, raparse la cabeza como neoyorkina libre. Sin embargo, a través de la lectura que absorbe, *La señora de los sueños* también juega a ser la mujer que en la vida real encarna con algunas variantes: es la esposa diligente y obediente, sólo para poner en evidencia la pesada cruz que cargan algunas mujeres sobre los hombros y para subrayar cómo se encuentran en el banquillo de los acusados las damas que aceptan con resignación vivir un eterno viacrusis, pero con más de siete caídas. También se convierte al representar el papel de la intelectual rusa, en la que pudo ser, si otros vientos le hubieran soplado. Porque sencilla y finalmente, la protagonista de Sefchovich va por la vida recorriendo —en la imaginación— tiempos y espacios, queriendo reconocerse o desconocerse, según se mire.

Para mí las dos mujeres de Sefchovich, sorpresivamente, terminan resignándose —a su manera— a la cotidianidad de sus vidas. Beatriz rompe con su amante finsemanero, argumentando el miedo a la monotonía, pero sin percatarse que, a la larga, el tedio regirá su vida. Ana Fernández, por su parte, tras evadir lo rutinario de su existencia en siete intentonas diferentes, termina por aceptar su sacrosanto calvario. Al final las dos novelas, lamento reportarlo, me dejan sabor a abdicación, sentimiento de abandono de las luchas, silencio de trincheras. Sin embargo —y pese a los relatos de Sefchovich— puedo imaginarme enaguas al viento y huellas de pasos que se alejan por uno y mil caminos. "¿Di madre si volverán?"◆